

Ahora es tarde para todo

Carlos Liscano*

En 1992 Idea Vilariño fue invitada al Festival de Poesía de Malmö. Hasta ese momento yo solamente había sido su lector, nunca había hablado con ella. Después del festival Idea viajó a Estocolmo para dar una conferencia en la Universidad. Se hospedó en casa de Georgina Rodríguez, hija de Emir Rodríguez Monegal. La conferencia en la Universidad fue sobre la métrica en Rubén Darío. Al terminar la conferencia se hizo un brindis. El director del Departamento, Johan Falk, me llamó aparte y me entregó un sobre. Eran los honorarios que la Universidad había destinado para Idea. Yo no podía retirarme de aquella oficina sin darle el sobre. No sería elegante. Entonces me acerqué a ella y lo más discretamente que pude se lo entregué.

Un grupo de latinoamericanos y suecos decidimos invitarla a un encuentro informal. Idea aceptó. Nos reunimos un sábado, en total unas diez personas. Fue un encuentro muy agradable. Idea estaba distendida. Habló, creo recordar, de qué era para ella la poesía, cómo escribía, contó que apenas corregía. En la sala donde nos encontrábamos había un piano. Le pedí que tocara un tango. Accedió y tocó más de uno. Hay una foto de ese momento que no he logrado encontrar.

* Carlos Liscano es escritor y, desde 2010 es el Director de la Biblioteca Nacional de Uruguay. Se hizo escritor en la cárcel donde estuvo recluido como preso político durante la dictadura uruguaya. Tras su liberación en 1985, se instaló en Suecia donde reescribió *La mansión del tirano* y otras obras que escribió estando preso. Es autor, entre otros muchos títulos, de: *El método y otros juguetes carcelarios* (1987), *Memoria de la guerra reciente* (1988), *El camino a Ítaca* (1994), *Miscellanea observata* (1995), *El lenguaje de la soledad* (2000), *El furgón de los locos* (2001), *El escritor y el otro* (2007).

Diez años después yo vivía en Montevideo. Uruguay estaba en una crisis económica grave. La gente comía en los comedores populares. Algunos tenían que recorrer más de un comedor porque la comida no alcanzaba para todos. Un grupo de escritores nos organizamos vía correo electrónico para tratar de ayudar. ¿Qué podíamos hacer? Juntar comida. ¿Cómo? A cambio de leer nuestros trabajos. Presentamos la idea a la Cámara Uruguaya del Libro y nos cedió un espacio en la Feria del Libro. En una mesa a la entrada recibíamos comida no perecedera que luego iría a los comedores populares.

Era muy importante contar con escritores de mucho prestigio, tanto por su obra como por su trayectoria. Me correspondió a mí, en compañía de Rosario Peyrou, invitar a Idea Vilariño. Fuimos a su casa. Cuando le conté que se trataba de un acto solidario, Idea me dijo algo así: La solidaridad no se pide, se brinda espontáneamente. Antes de retirarnos le leí y entregué un texto inédito que hacía un buen tiempo yo había escrito para ella.

A Idea Vilariño

Una noche, sentados en un bar, usted me dijo 'Creí que nos tuteábamos'. Y yo contesté 'Sí, como vos quieras'. Y otra noche salíamos de casa de amigos en la madrugada y usted me dio el brazo. Mientras cruzábamos la calle usted dijo algo que me halaga. En ese momento yo tenía mucho para decirle, pero no supe cómo hacer, y enseguida nos despedimos. Lo que usted no llegó a oír porque yo no supe cómo decir fue que había estado mirándola toda la noche. Y si no supe ni pude fue porque no podía creer que el calor de su cuerpo frágil junto al mío fuera cierto después de haberlo soñado más de treinta años. Hace mucho tiempo, en un tiempo miserable, su voz llenó mis noches y mis días de poesía. Yo estaba en un sitio que no viene a cuento, y el amor eran unos versos muy breves que usted ha escrito; y la dignidad eran mujeres pequeñas y tozudas como usted, que por el solo hecho de existir aseguraban que la infamia no tenía esperanza. Permítame decirle que no quiero tutearla, quiero admirarla. Permítame también confesarle que la he amado, y que así seguirá siendo.

La actividad en la Feria del Libro fue exitosa. Idea asistió acompañada de su hermana Poema. Subió al escenario tomada de mi brazo. Yo me sentía orgulloso. Recitó con voz pequeña. El silencio que se hizo fue enorme. Estuvo brillante.

Semanas después me llegó un sobre enviado por Idea. Lo abrí. Tenía el breve libro *La masa sonora del poema*. Volví a poner el libro en el sobre y lo dejé junto a otros que algún día iba a leer. Luego ocurrieron cambios en mi vida, me mudé un par de veces de casa, viajé mucho.

En 2007 Ana Inés Larre Borges me pidió autorización para publicar lo que yo le había dedicado a Idea. Le contesté que ese texto no me pertenecía. Era Idea quien debía autorizar su publicación. Ana Inés me dijo que había sido Idea quien le había entregado el texto para que lo publicara en lo que luego sería el hermoso libro *Idea: La vida escrita*. Eso quería decir que a Idea le había gustado mi breve homenaje. Me alegró mucho.

Mientras yo estaba de viaje Idea murió. En la última mudanza encontré aquel sobre que ella me había enviado y me dispuse a leer el libro. Cuando lo abrí me encontré una carta. Me sentí muy mal. Mi admirada Idea me había escrito y yo no había leído lo que me escribió y por tanto tampoco le había contestado. Ahora Idea ya no estaba. Ahora era tarde para todo.

He releído muchas veces esa carta. Idea recuerda nuestro primer encuentro en Estocolmo y me dice que necesitaba “un amigo, una palabra” y yo le había alcanzado “un pobre papel”. Ella se sintió mal y yo me sentí mal porque no supe cómo resolver la situación. Debía entregarle aquel sobre con dinero con discreción y a la vez conseguir que no quedaran dudas de que se lo había entregado. Es decir, por lo menos Johan Falk debía verme cuando se lo daba.

“Y otra noche salíamos de casa de amigos en la madrugada y usted me dio el brazo”: fue un encuentro en casa de Hugo y María Achugar con motivo del estreno de la película *Idea*, de Mario Jacob. Idea estuvo toda la reunión en silencio. Miraba al frente, escuchaba la conversación o se aburría. Yo estaba a su lado y la miraba sin que ella lo notara. O por lo menos eso me parecía.

Podría seguir explicándole a Idea que no tomé distancia. Quise que mi texto fuera un homenaje íntimo de un lector, de un admirador enamorado de su modo de cantar al amor, o al desamor. Muchas más cosas podría explicarle. Mi respeto hacia ella como poeta, como mujer solidaria. Pero no tiene sentido. Es tarde. Ahora es tarde para todo.

Esta es la carta de Idea:

Me leíste las palabras más tristes y más dulces. Después no pude menos que besarte en la mejilla y –cosa pocas veces sentida– tu contacto me estremeció. Pero cuando días después releí la carta –no era un poema, Carlos,– vi que en el mismo acto ponías distancias, me negabas el tuteo, como se decía antes. Tal vez para que no me fuera a equivocar de tiempos. No era necesario. Desde hace algún tiempo pongo yo las distancias, y si me equivoco lo hago en contra mío. Porque sé todo lo que hay que saber. Pero fuiste cruel. Me hubiera gustado ser tu amiga; como fuiste cruel en aquel Estocolmo alcanzándole un pobre papel, sin una sonrisa ni una palabra a quien se había obligado sólo por necesidad –sólo por necesidad o por cosas más o menos políticas abro la boca en público– se había obligado a hablar ante gente a la que maldito si le interesaría lo que decía. Cómo necesité entonces un amigo, una palabra.

El otro día me estremecí. Tuve la sensatez de no mostrarlo, pero más tarde terminé así unas líneas –en pasado y en condicional cuánto lo hubiera amado– en condicional y en pasado. Pero después releí y detesté que hubieras puesto distancia. De ahí aquella dedicatoria.

Ahora escribo –me cuesta– para que ella no llame a confusión. Como dijiste aquella tarde, no entendiste. Y soy orgullosa como un perro, sabés.





En casa de Idea. Idea, Claribel Alegría, Manuel Claps y Sylvia Campodónico.